

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NÚM. 8215

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚMERO 4

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 15 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico o letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios remitidos y comunicados, y se reserva el derecho de no publicar lo que se le envíe, salvo el caso de obligación legal. Corresponsales en París, E. A. Lorette, rue Campana, 6. Mr. J. Joneat, Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIEBAS 4

Martes 26 de Marzo de 1889

¡CURA inmediato para:
Difteria, Disenterias, Vómitos (de los niños y de las embarazadas)
Barreras (de los niños y de las embarazadas)
Colera, Tifus, Catarras y úlceras del estómago
DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

BISMUTO
FRIO
VIVAS PEREZ

LA SEMANA ANTERIOR.

¡Bouita semana, la semana de San José! Mi pluma se resiste á trasplantar al papel los relatos de los desgraciados accidentes que en ella han tenido lugar: y si no fuera por la escasez de asuntos de otra índole, y por la importancia que aquellos revisten, los pasaría por alto, pues ni soy aficionado á los dramas ni me gusta entristecer el ánimo de los lectores.

Pero como todos ellos saben, los acontecimientos en cuestión han sido la nota saliente de la semana, y lógico es al hacer una reseña de la misma, incluirlos, haciendo que ocupen un señalado puesto.

Nada, nada, estamos mejor que queremos!

El lunes, doble asesinato en la calle de San Roque.

El martes trágica escena entre guardias de seguridad y gitanos, resultando uno de aquellos gravemente herido, y otro de los últimos, cadáver.

Miércoles indicios de la degollación de una mujer por su marido, en el vecino caserío de los Dolores. Por fortuna, esto no llegó á confirmarse.

Jueves, arroja desde el balcón de su casa, Salitre 24, de una hermosa mujer de 27 años, que sufrió la fractura de ambas piernas.

¿Les parece á ustedes poco?

¡Cuidado que progresamos!

En esta ciudad, generalmente se vive tranquilo, pero cuando rompe el fuego uno de esos hechos, como los citados, hay que esperar otro, y otro luego, y más tarde otro, porque es seguro que viene y que viene enseguida.

El primero de los sucesos acaecidos, no ha podido averiguarse á qué responde.

El segundo fue una simple riña.

El tercero no llegó á ser lo que de público se decía; mejor dicho fue nada.

Seguramente algún bromista cundió la noticia.

El cuarto, según declaración de la paciente fue un mal pensamiento, y nada más que un mal pensamiento.

Pero es el caso, que por unas ú otras causas el vecindario de esta población anda alarmadísimo.

D.ª Casilda, ahora que frisa en los 80 años y que vive sola con su criada me suplicó—por medio de una tarjeta— que la visitase, días pasados.

Hay que advertir que esta señora tiene perfecto derecho de llamarme siempre que le dé gana, y siempre que no lo impida su estado de soltera.

Me personé en su morada, y no pude menos que asombrarme al contemplar el rostro de mi ochenta y cinco años amiga que se habla mucho más acortado que de costumbre.

—¿Qué le ocurre á V., señora? dije á doña Casilda.

—¿Qué ha de sucederme J.º que estoy pasmada... Esos acontecimientos que se han verificado estos días me tienen con el alma en un hilo. Estoy convencida de que sola, me será imposible continuar viviendo. Ya ves, yo disfruto de un pasar medianamente bueno, gracias á los 12.000 duros que mis padres me dejaron como herencia y cuya cantidad—por temor de que corriera buro colocada en cualquier casa-comercio—guardo en la mía hace 20 años. Imagínate que esto llega á oídos de la partida, y una noche toma por asalto mi domicilio, se apropia los 12 talegos, y para fin de función, me asesina. ¿Qué va á ser de mí entonces?

—Lo que de todos; la tierra sagrada. Por eso no hay que apurarse; alguien se cuidaría de darle sepultura.

—Bien, pues yo quiero evitar el caso. No puedo continuar viviendo sola. Necesito compañía.

—La buscaré, señora, respondí á la anciana, y tal vez mañana mismo pueda presentar á V. un criado fiel que esté á su servicio.

—No, sino se trata de eso. Yo he pensado casarme, y te he honrado eligiéndote para marido...

Pegué un salto, salí hacia la calle y cuando me encontré en una bien apartada de la en que D.ª Casilda vive, respiré diciéndome para mis adentros.

«¡Pues señor de todos los sucesos semanales, éste es el que más sensación me ha producido, y prefiero la muerte á que doña Casilda pudiera un día llamarme esposo!»

Figúrense mis lectores si olvidaré yo los tristes acontecimientos de la semana anterior, que dieron margen, para que se me declarara la vejez de los 80 años!!

Las novenas han dado principio

El templo de Sto. Domingo se ve muy frecuentado desde el sábado, con motivo de la que se celebra en honor de Jesús Nazareno.

Allí acuden fieles de todas las clases sociales, quienes escuchan—unas noches sí y otras no—los sermones que pronuncian distinguidos oradores sagrados, con graude y plausible religiosidad.

Yo todas las noches asisto á la novena. No puedo remediarlo. Me atrae todo aquello que se relaciona con Jesús Nazareno.

¡Si á él llegaran mis súplicas fervientes y cotidianas, haría un milagro, y á las 6 de la mañana del Viernes Santo próximo, podríamos tener la satisfacción de contemplarlo en plena plaza de la Merced!

De imaginarme el espectáculo grandioso y solemne que allí ofrece tan venerable imagen, inconscientemente me regocijo.

¡Ah! Pero N. P. Jesús no quiere mezclarse en ese asunto, que es el único que corre á cargo de la cofradía que él patrocina. El Nazareno, desde su lugar, oye, vé, calla y juzga. Siendo así no culpará á los Marrajos de que este año le dejen en casa.

En cambio á cualquier industrial concederá un favor, si es que los de esta ciudad acostumbren á recurrir á él.

¡Valiente partida le han hecho los gremios de industriales á Jesús Nazareno!

Mientras que la compañía Cirera, presenta *En el seno de la muerte*, Herman y Giordano, en Maizez, le cortan la cabeza á una *persona viva* y Cámara y los suyos en la plaza de toros, dan saltos mortales.

Es decir; variaciones sobre un mismo tema, la *muerte*.

Y sin embargo, acude público á presenciar tan tristes espectáculos, y con ellos se divierte.

¡Que rarezas! Hallar gozes viéndole cortar la cabeza á un semejante, no parece yerosimit, pero es cierto. Y sinó que lo diga Herman. Lo que este podrá sentir es que no piensen todos del mismo modo, y que el teatro no se llene de público para presenciar la decapitación. Si quiere tener gente que anuncie esa misma suerte, pero verificada en el espectador que le sea mas anti-pático. Le garantizo un lleno.

Variedades.

A. K. Y. C.

K quiere que diga yo, echando mi cuarto á espadas, quien en la cuestión charadas á su rival derrotó.

El asunto es peregrino, y difícil y endiablado. Si C que es bueno ha probado, K probó ser muy ladino.

Con facilidad pasmosa hace C unas seguidillas, mientras K en unas quintillas le dá una tunda horrorosa.

Mas como prosigue el duelo y C está cargado ya á su contrincante K toma, en el instante, el pelo.

Ninguno debe quejarse, pues de la revancha en pos los dos lograron, los dos, el uno al otro achirarse.

De modo, después de todo, que tanto K como C triunfó como bien se vé de su rival, á su modo.

Y amigos deben quedar por la razón consignada, que en esa lucha entablada ninguno pudo triunfar.

Ahora bien; lo que no admito, ni puedo yo consentir, es que quieran concluir este duelo; necesito complacer á las señoras que con estilo sencillo me han remitido á portillo mil recados, á estas horas.

De cartas tengo un montón. ¿Qué digo montón?... Montones, guardados en los cajones de mi humilde redacción.

Y en ellas, de que prosigan todas me muestran deseo. Jaso es complacerlas, créo, siquiera porque no digan.

Que K y C juzgan perdidas las charadas. Bien está. Pueden renunciar C y K á la cuestión de charadas; pero deben emprender otra lucha entretenida, á escape; pronto, enseguida, mañana si puede ser.

Y al terminar esta nueva discusión, juro por Dios

que he de obsequiar á los dos con una soberbia breve.

TAMBERLICK

Aun cuando ya hemos publicado algunos datos biográficos del gran tenor, no dudamos que nuestros lectores leerán con sumo gusto los siguientes apuntes anecdóticos que publica nuestro colega *La Epoca*:

«Anteayer enterramos á Tamberlick.

Para nosotros, españoles, este gran artista era un compatriota; y no solamente era un tenor como ya no oiremos otro en muchísimos años, sino un hombre de tan grandes cualidades morales, que la relación de sus buenas obras llenaría un volumen.

En la iglesia de San Agustín, donde apenas cabía la gente que acudió á rendir el último tributo al célebre cantante, no se oían sino elogios de su carácter y de sus hermosas prendas.

Yo tengo tal afición á toda su familia, que mis elogios á la hija del artista inolvidable, parecían tal vez exagerados; pero los que conocen personalmente á Mad. Galzowski, saben que esta señora es el modelo de todas las virtudes y su corazón fuente inagotable de todas las aficiones.

A todo el mundo interesaba anteayer su intenso dolor, al verla bajar las escaleras de su casa, detrás del féretro, que acompañamos todos al cementerio.

Hija amantísima, la esposa del famoso doctor oculista ha cuidado á su padre en los últimos años como se cuida un niño.

En el seno de esta familia de Galzowski ha pasado Tamberlick su vejez, siendo el ídolo de aquella admirable casa.

¡Pobre amigo! ¿Qué de recuerdos despertó en mi el entierro de un hombre cuya amistad fue tan constante y tan sincera!

Hace cuatro años, el día de la muerte de mi madre, Tamberlick se presentó en la iglesia de San Francisco de Sales, como todos mis amigos, á darme esta prueba de cariño, que yo no he olvidado ni olvidaré nunca.

El entierro era modesto, y en estos casos la iglesia francesa no permite que se cante; pero Tamberlick, que había venido expresamente del campo al leer la triste noticia en un periódico, subió al coro, entabló una verdadera lucha con los empleados, rompió la cerradura de un arcañium y, haciéndose acompañar por Trabadelo, cantó con toda su alma el «Pie Jesu».

Yo ignoraba que mi ilustre amigo estuviese en París aquel día, y, al oír su voz en tan tristes momentos, me pareció que cantaban para la madre de mi alma los ángeles del cielo.

Otro tenor español había sido solicitado por mis amigos aquella mañana para idéntico recuerdo.

Ni siquiera les contestó.

¡Naturalmente! Durante veinticinco años Tamberlick y yo hemos vivido en constante amistad á su no interrumpida amistad.

¡Mi primer libro de versos me dedicó!

¡Me pegó y me alegró las sentías como á ferrocarril!

¡En el mismo caso que yo se encuentran á las doscientas personas, que anteayer no hacían sino recordar beneficios.

—Mire V.—me decía un compatriota que vive aquí hace cuatro años con una niña que es un verdadero fenómeno en el piano,—cuando llegamos á París estábamos tan pobres que apenas podíamos vivir. Un día fuimos á ver á Tamberlick, y la niña le interesó mucho.